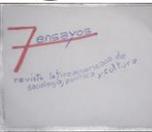


CHAVS: DEMONIZAR A LA CLASE OBRERA PARA CONSTRUIR UN ORDEN NEOLIBERAL

Carlos Romero



CHAVS: DEMONIZAR A LA CLASE OBRERA PARA CONSTRUIR UN ORDEN NEOLIBERAL

Carlos Romero¹

Hace ya 10 años que el periodista y escritor Owen Jones publicó en Inglaterra *Chavs: la demonización de la clase obrera* (Capitán Swing, España, 2013), su primer libro, que de inmediato se transformó en un *best seller* del ensayo político, para sorpresa de muchos, incluido el propio autor. Ocurre que el manuscrito de Jones –que por entonces tenía apenas 24 años– había sido desestimado aquí y allá, hasta que finalmente fue aceptado por Verso Books, una pequeña editorial independiente de perfil radical. A la distancia, ambas situaciones –el rechazo y el éxito– son sin embargo compatibles. El desinterés inicial de los sellos editoriales puede atribuirse, en parte, a que el trabajo que se les ofrecía era un intento por reinstalar en el debate público un concepto que por entonces estaba considerado pasado de moda y –en términos de disputa ideológica– depuesto. Porque *Chavs* se estructura en torno al conflicto de clases, no para acompañar el lugar común de la época, es decir, la certeza de su desaparición, sino para hablar de una vigencia que estaba siendo ocultada mediante una serie de operaciones de desvío sumamente exitosas. Con ese objetivo, a lo largo de 10 capítulos –luego se sumó un “Epílogo a la segunda edición inglesa”– el texto mostraba los cambios abruptos que la idea de clase, pilar del pensamiento marxista en el cual Jones creció y se formó, había ido sufriendo desde la época de esplendor del movimiento obrero inglés hasta su franco declive durante el gobierno conservador de Margaret Thatcher, sobre todo a partir de 1984-1985, cuando la derrota de los sindicatos mineros marcó un punto de inflexión y no retorno.

Pero Jones –y ahí reside una clave de la buena y a la vez inesperada acogida de su ensayo– estaba viendo algo que el grueso de los editores no percibía o prefería no acompañar: que la crisis de ese relato que a fines del siglo pasado había terminado de decretar la extinción por obsolescencia de las diferencias sociales, concediendo a lo sumo que todos los trabajadores se habían vuelto de clase media, ahora permitía volver a pensar desde una perspectiva colectiva y no individual problemas sistémicos del capitalismo como la pobreza, el desempleo y la desigualdad.

Y si la clase era el concepto estructurante del libro, el “sujeto histórico”, por así decirlo, eran los *chavs*. Con ese vocablo peyorativo, la derecha inglesa de entonces se refería a los vestigios de un movimiento obrero que había sido despojado de la dignidad, el sentido de pertenencia y el prestigio de antaño, y reducido a una serie de defectos y atributos condenatorios con los que se pretendía justificar su situación. Desde la visión de los *tories* y del grueso de los medios ya no había una clase trabajadora como actor social; solo quedaban los *chavs*, una subcultura que no se adaptaba a los nuevos y meritocráticos tiempos. Mayormente jóvenes, provenientes de familias humildes y sin empleo, la figura del *chav* calzaba a la perfección con esa idea según la cual cada quien, solo por su mérito, era el responsable de su destino. Como explicaba Jones, el término *chav* se usaba para englobar “cualquier rasgo negativo asociado a la

¹ Universidad Nacional de La Matanza.



gente de clase trabajadora –violencia, vagancia, embarazos adolescentes, racismo, alcoholismo y demás–” (2013, p. 17). En paralelo, se asistía al fenómeno de que “incluso se puso de moda entre muchos políticos y comentaristas alabar la desigualdad”, sosteniendo que “promueve la competitividad”, con la consecuente “glorificación de los ricos como ‘creadores de riqueza’ y emprendedores que han alcanzado el éxito solamente gracias a su propio esfuerzo y talento” (Jones, 2013, p. 300).

En poco tiempo y con crudeza, los acontecimientos acompañarían la tesis del libro. Apenas dos meses después de su aparición en las librerías en junio de 2011, se desataron los recordados disturbios de aquel verano londinense. La mecha se prendió en Tottenham el 6 de agosto, tras el asesinato a manos de la policía de Mark Duggan, un trabajador negro de 29 años. El cuerpo de Duggan fue ocultado a su familia por 36 horas y luego las fuerzas de seguridad trataron de inculparlo con informes amañados. El conflicto pasó de protestas pacíficas reclamando justicia a duros enfrentamientos con la policía, incendios y saqueos que se expandieron a todo Londres y luego a ciudades aledañas. La cifra de detenidos llegó a 3100 y cinco personas perdieron la vida.

Ante el desconcierto del Partido Conservador –el primer ministro David Cameron tuvo que suspender sus vacaciones en Italia–, en los medios de comunicación comenzaron a ganar centralidad los *chavs*. La misma prensa, a la que Jones le atribuye un rol central en la instalación de las políticas thatcheristas que diezmaron al movimiento obrero, miraba espantada la postal de una ciudad bajo asedio y concentraba sus juicios sobre esos jóvenes desempleados y rabiosos que avanzaban contra las formaciones policiales. Por su magnitud, aquel fue un episodio de escala mundial. Desde la Argentina, por caso, se describía a los protagonistas de los disturbios con “joggings, gorrita y zapatillas de marca”, como enumeró un artículo publicado entonces por el diario *La Nación*, titulado “Los chavs, la tribu urbana que tiene en vilo a Londres” (Shea, 2011). En esa capacidad de exportación reside otro de los motivos de la buena recepción del libro, que al año siguiente de su salida en el Reino Unido se publicó en una España movilizada por los indignados del 15-M, una expresión de descontento popular que había hecho eclosión en mayo de 2011 y que sería el germen de la experiencia de Podemos.

Es que *Chavs* habla del capítulo británico de un fenómeno que se iría replicando, con sus propios matices y tiempos, en todo el mapa de Occidente. Eso que reconstruye para la Inglaterra de Margaret Thatcher, luego fue diseminado, junto a la administración de Ronald Reagan en los Estados Unidos, como la fórmula enlatada de la derecha para desactivar a un bloque obrero organizado que podía oponer resistencia a los planes del capitalismo en su nueva fase financiera. En ese sentido, el thatcherismo hizo escuela en los ochenta, y lo que Jones cuenta es cómo para eso fue necesaria la construcción de una retórica individualista y meritócrata:

La “aspiración” se ha redefinido hasta significar enriquecimiento personal: trepar por la escala social y convertirse en clase media. Problemas sociales como la pobreza y el desempleo en otro tiempo eran considerados injusticias derivadas de fallos internos del capitalismo que, como mínimo, debían abordarse. Pero hoy se han empezado a considerar consecuencias del



comportamiento personal, de defectos individuales e incluso de una elección. (Jones, 2013, p. 19)

Otra clave puede estar en la trayectoria de Jones como escritor, que se traduce en un estilo que pivotea entre dos campos y registros, potenciándolos. A esa competencia propia de su oficio periodístico –el “olfato”– que permite detectar y abordar hechos sociales en tiempo real y así hablarle al público de eso mismo que está experimentando, le sumó gestos propios del trabajo investigativo, con profusión de fuentes, documentos y recursos, pero sin los requisitos formales y la moderación que reclama el método de la academia. Como describe en su reseña Paula Varela

Chavs es un libro peculiar. No es una investigación periodística, aunque su autor ejerce ese oficio. No es un trabajo académico, aunque la inquietud que lo mueve y la insistencia con que desmembra su objeto son dignos de las mejores preguntas sociológicas (2015, p. 187).

El resultado es un tipo de narrativa que, si bien puede verse como algo desordenada o sin el suficiente rigor metodológico, sí es muy útil a los fines de un autor como Jones, que además de periodista e historiador –se graduó en la University College de Oxford, donde también obtuvo un máster en historia de los Estados Unidos– es un intelectual y un activista político de izquierda que hace de sus intervenciones en el mundo editorial una forma de militancia. Lo mismo ocurre con las columnas que actualmente publica en *The Guardian* –replicadas en español por *elDiario.es*–, como antes lo hizo en *The Independent* y *The New Statesman*.

Es decir, no buscaba un artefacto teórico para jugar en el microclima académico, sino una herramienta política y mediática que accione sobre el debate público. Y podría decirse que lo logró: en 2011, *The New York Times* incluyó a *Chavs* entre los diez mejores libros de no ficción de aquel año, y Jones fue considerado por *The Daily Telegraph* entre los 100 pensadores más influyentes en la izquierda. Eric Hobsbawm –para quien el autor trabajó archivando parte de su obra– dijo que su ensayo era “una denuncia apasionada y bien documentada del desprecio de la clase alta por los proletarios, algo que recientemente se ha vuelto tan visible en el sistema de clases británico” (2011).

Por este estilo híbrido, *Chavs* puede entrar en diálogo con la obra de otro autor que por aquellos años buscaba poner en relación diversos ámbitos de producción y consumo cultural. Es lo que Peio Aguirre, en su prólogo a *Realismo capitalista* (Caja Negra, 2019), el exitoso libro que Mark Fisher publicó en 2009, señala como parte de una nueva tendencia editorial que “reconoce que otro tipo de discurso –intelectual sin ser académico, popular sin ser populista– no solo es posible sino que está floreciendo en regiones más allá de las franjas comerciales de los *mass media* y los pasillos neuróticamente burocráticos de la academia” (2019, p. 12). De hecho, en 2014 Fisher citó el trabajo de Jones en “Autonomía en el Reino Unido: reflexiones sobre música y política”, uno de los artículos de *Los fantasmas de mi vida* (Caja Negra, 2018), el volumen que recopila sus principales entradas al blog K-Punk.

El cruce no es casual, ya que este intelectual británico también ubica al gobierno de Thatcher como un momento bisagra, y así como Jones hace foco en la supuesta disolución de las clases, Fisher hablará de la



construcción de ese mundo donde, como alguna vez resumió la Dama de Hierro, “no hay alternativa” (2019, p. 29).

El rol de los medios

Un tema de peso en el enfoque de Jones –sin olvidar que lo planteó una década atrás– es el lugar que le otorgó a los medios de comunicación en el proceso de demolición del sentido de pertenencia de los trabajadores, que de obreros sindicalizados de las industrias clásicas pasaron a ocupar puestos precarios en el sector de servicios y a diluirse como protagonistas de la cosa pública. Para el autor, la prensa fue una pieza central del éxito *tory*:

Despojada de su poder y ya no vista como una orgullosa identidad, la clase trabajadora fue cada vez más ridiculizada, menospreciada y utilizada como chivo expiatorio. Estas ideas se han impuesto, en parte, por la expulsión de la gente de clase trabajadora del mundo de la política y los medios de comunicación (Jones, 2013, p. 19).

Irán apareciendo referencias a series y personajes de ficción de los noventa y principios de los 2000 como *Shameless*, *White*, *Wayne* y *Waynetta Slob* –unos “protochavs”– o *Little Britain*, que para el autor apuntalaron en el imaginario de la Inglaterra marcada por el thatcherismo la construcción de los *chavs* como personas disolutas, torpes, sin ambiciones ni vocación por el trabajo, racistas, con hijos a los que no cuidan, y que se aprovechan sin dudarlo del “nanny state”, propalando estereotipos cargados de prejuicios como el joven violento y desempleado y la madre adolescente soltera y promiscua.

Otro ejemplo citado es el sitio web *ChavScum* (“escoria chav”), aparecido en 2003 para atacar y ridiculizar, según su propia declaración de principios, a “la subclase de palurdos británicos que están invadiendo nuestros pueblos y ciudades”, y cuyos creadores luego publicaron *¡Chav!: guía de uso para la nueva clase dirigente británica* (2004), que vino a sumarse a textos difamatorios como *El pequeño libro de los chavs* (2004) y *La guía chav para la vida* (2006), ambos de Lee Bok.

En una lectura en clave bourdiana, Jones explica el mecanismo por el cual el campo periodístico quedó reducido a la mirada de las clases medias, excluida la experiencia de los sectores más perjudicados por el nuevo modelo:

Imagina que eres un periodista de clase media. Creces en una bonita ciudad o en un barrio residencial de clase media. Vas a un colegio privado, haces amistad con gente del mismo entorno y terminas en una buena universidad con un alumnado abrumadoramente de clase media. Cuando finalmente consigues trabajo en los medios de comunicación, de nuevo te ves rodeado por personas forjadas más o menos en las mismas circunstancias. ¿Cómo vas a tener la más mínima idea de la gente que vive en sitios como de Dewsbury Moor? (Jones, 2013, p. 40)

En Dewsbury, por entonces una localidad de familias de escasos recursos económicos y viviendas sociales, había ocurrido en 2008 el secuestro de una niña, que recibió una cobertura mediática significativamente distinta a la de un episodio muy similar sucedido un año antes –el famoso caso de Madeleine McCann–



pero en un entorno de clase media. “¿Por qué la vida de una niña importa más que la de otra?”, se preguntaba Jones (2013, p. 25).

Decepcionado por el sistema de medios y convencido de que la hegemonía *tory* en la BBC y Ofcom –la agencia estatal encargada de regular los servicios de comunicación– solo llevaría todo cada vez más hacia la derecha, en 2020 lanzó su propio canal en la plataforma YouTube, con el que ya tiene más de 180.000 suscriptores.

En una columna publicada en marzo de 2019 en *The Guardian* y *elDiario.es*, titulada “Necesitamos hablar del papel que han desempeñado los medios en la radicalización de la extrema derecha”, sostuvo:

Muchos de los que trabajan para la prensa británica se comportan como agitadores que juegan con fuego y luego se rasgan las vestiduras cuando las llamas se descontrolan. (...) En un contexto en el que la ultraderecha gana terreno a lo largo y ancho del mundo, de Italia a Brasil, es importante revisar el rol de los medios de comunicación. Los medios de comunicación de masas y los políticos están contribuyendo al ascenso de la extrema derecha (Jones, 2019).

Poco más de un año después, en agosto de 2020, luego de ser atacado en un pub por una persona que coleccionaba objetos nazis, aseguró en otro artículo que “la frontera entre centroderecha y extrema derecha se ha derrumbado” (Jones, 2020).

Un relato familiar

Por este abordaje de conjunto, la lectura de un libro como *Chavs* resulta familiar para quienes viven en esa gran mayoría de países occidentales que en las últimas décadas han asistido a procesos que, sin ser necesariamente sincrónicos, sí comparten una tendencia a la derechización de la sociedad y la descomposición final de un estado de bienestar que no deja de ceder frente al proceso de acumulación del capitalismo en su fase financiera.

Por ejemplo, a la hora de describir los efectos de la derrota del movimiento obrero una vez doblegados los mineros en los ochenta, Jones señala que una parte de esos sectores comenzaron a ser interpelados por expresiones políticas de ultraderecha como el Partido Nacional Británico (BNP). Lo consideró “un síntoma de una crisis más amplia: la falta de representación de la clase trabajadora”, luego de haber sido “expurgada de la política, destrozada su identidad, restringido su poder en la sociedad e ignoradas sus preocupaciones” (Jones, 2013, p. 294).

En mayo de 2017, en una entrevista con el dirigente de Podemos Pablo Iglesias para el programa de YouTube *Otra Vuelta de Tuerka*, el autor explicó que al escribir *Chavs* estaba convencido de que “si el laborismo abandonaba por tanto tiempo la idea de clase, sería apropiada por la derecha de la forma más reaccionaria, como lugar para luchar contra el multiculturalismo y la inmigración”.

Ocurre que, si bien su tesis otorga centralidad a las reglas impuestas por Thatcher y los gobiernos conservadores que la sucedieron, no olvida lo hecho por el nuevo laborismo resultante, con Tony Blair a la cabeza, al que le criticó no haber cuestionado los límites establecidos por los *tories*, sino haberlos convalidado como condición de posibilidad para toda política que se aplicara desde ese momento.



Recuerda que cuando Blair llegó al poder, en 1997, declaró que “la nueva Gran Bretaña es una meritocracia”, sin tener en cuenta que el país se había reconfigurado en “una sociedad organizada en favor de la clase media”, con lo cual “la meritocracia acaba convirtiéndose en una sanción oficial de las desigualdades existentes, redefiniéndolas como merecidas” (Jones, 2013, pp. 120-121).

Jones nació en 1984 en Sheffield y tuvo su niñez y adolescencia en Stockport, dos ciudades con tradición obrera, que en los noventa sufrieron el desmantelamiento del aparato industrial del Gran Manchester. Sheffield dejaría de ser “La Ciudad del Acero”, y comunidades enteras formadas en torno a las industrias clásicas vieron cómo sus empleos seguros y de prestigio desaparecían de la noche a la mañana, sin un reemplazo equivalente, sino con ocupaciones menos estables y con peores sueldos en el sector de los servicios: cajeros o repositorios en supermercados, teleoperadores de call centers o repartidores de comida rápida.

En su lectura de *Chavs*, Varela señala que “recorriendo el conjunto del libro puede percibirse una nostalgia que será también el mayor límite del libro: la nostalgia por el viejo laborismo” (2015, p. 189). Entiende que

en su recurrente mistificación de la clase obrera de posguerra y de sus instituciones (los sindicatos) se pierde la posibilidad de la pregunta acerca de cuáles fueron las causas del giro económico y socio-político que comienza con Thatcher y continúa con el nuevo laborismo (Varela, 2015, p. 189).

En la propia vida familiar de Jones ese pasado glorioso de los sindicatos convive con la desilusión de sus derrotas. Durante la mencionada charla con Iglesias, relató que ya su bisabuelo fue un trabajador ferroviario que en 1926 se plegó solidariamente a otra huelga icónica de los mineros; que su abuelo, un estibador de Portsmouth, participó en la Segunda Guerra Mundial y fue miembro del Partido Comunista, y que su abuela fue concejal laborista. En cuanto a sus padres, se conocieron en 1968, cuando eran unos jóvenes trotskistas que estaban repartiendo folletos contra la guerra de Vietnam.

Técnicamente, Jones nació en medio de esa huelga minera donde se jugó la historia del movimiento obrero en su país, que luego sería un episodio central de su primer libro. Y vio la decepción de sus padres y el posterior intento de que él, sus dos hermanos y su hermana gemela no atravesaran las mismas frustraciones: “Se sentían muy derrotados por lo sucedido y no querían que yo me metiera en luchas políticas. Así que irónicamente la política fue mi rebelión” (Jones en Iglesias, 2017), reflexionó.

Esa esencia autobiográfica está muy presente a lo largo de *Chavs*, incluido el episodio concreto que gatilló la idea de escribirlo. Fue cuando, en medio de una reunión de amigos, pudo ver cómo la burla y la estigmatización sobre los jóvenes trabajadores humildes habían sido naturalizada de tal manera que ya no acarrearba costo alguno y podía circular sin culpas. “Qué lástima que cierre Woolworth’s. ¿Dónde van a comprar todos los *chavs* sus regalos navideños?”, lanzó uno de sus colegas, todos jóvenes “profesionales cultos y de mente abierta” (Jones, 2013, p. 9).

Más allá de la evidente pátina nostálgica y de los problemas que eso supone a la hora de analizar un fenómeno social, cabría evaluar si no se trata de una reacción necesaria ante un mundo construido sobre



las derrotas de los proyectos emancipatorios –ahí está el libro *Melancolía de izquierda: después de las utopías*, de Enzo Traverso–, donde las tradiciones y los legados parecen desvanecerse en el aire y lo único que resta son el repliegue y la resistencia. En ese punto, la nostalgia, así como puede ser considerada una debilidad metodológica, también puede entenderse como un elemento vital a la hora de reconstruir un relato que también está bajo asedio.

Bibliografía

- Aguirre, P. (2019). Prólogo. En M. Fisher, M. *Realismo capitalista* (pp. 9-15). Caja Negra.
- Fisher, M. (2018). *Los fantasmas de mi vida. Escritos sobre depresión, hauntología y futuros perdidos*. Caja Negra.
- Fisher, M. (2019). *Realismo capitalista*. Caja Negra.
- Iglesias, P. (2017). Otra Vuelta de Tuerca -Pablo Iglesias con Owen Jones-. *Otra Vuelta de Tuerca*, YouTube, 8 de mayo de 2017, <https://www.youtube.com/watch?v=SgytMGfGF6A>
- Jones, O. (2013). *Chavs: La demonización de la clase obrera*. Capitán Swing.
- Jones, O. (28 de enero de 2020). Lecciones de la condena a mi agresor: cómo abordar la violencia de la extrema derecha. *elDiario.es* https://www.eldiario.es/internacional/theguardian/lecciones-condenatacante-abordar-violencia_1_1060428.html
- Jones, O. (29 de marzo de 2019). Necesitamos hablar del papel que han desempeñado los medios en la radicalización de la extrema derecha. *elDiario.es* https://www.eldiario.es/internacional/theguardian/necesitamos-desempenado-radicalizacion-extrema-derecha_129_1627646.html
- Shea, G. (11 de agosto de 2011). Los chavs, la tribu urbana que tiene en vilo a Londres. *La Nación* <https://www.lanacion.com.ar/el-mundo/los-chavs-la-tribu-urbana-que-tiene-en-vilo-a-londres-nid1396671/>
- Varela, P. (2015). Owen Jones, *Chavs. La demonización de la clase obrera*, Capitán Swing, España, 2013. *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*; 6, 187-189.
- Hobsbawm, E. (25 de noviembre de 2011). Books of the year 2011. *The Guardian* <https://www.theguardian.com/books/2011/nov/25/books-of-the-year>

